

tió, á su vista, el dinero entre los pobres, y el platero se marchó confundido.

Este apólogo ha sido repetido muy á menudo por los narradores de la edad media aunque con algunas variacio-

nes. En algunos manuscritos del GESTA ROMANORUM en vez de empanadas se habla de cofrecillos con letreros. Shakspeare ha puesto en escena esta idea de los tres cofrecillos en el MERCADER DE VENECIA.

PINTURAS DE VIDRIERAS.



(San Fernando de Castilla y Santa Adelaida de Hungría.—Pinturas de una de las ventanas laterales de la fachada de la colegiata de la ciudad de Eu, ejecutadas en la manufactura de Sévres, por los dibujos de M. A. DEVERIA.)

Entre las instituciones útiles, fundadas en tiempo de la antigua monarquía, y cuya actividad y progreso no se han visto nunca interrumpidas, justo es citar en primera línea la manufactura de Sévres. Los estudios se siguen siempre con

el mayor celo, se perfeccionan los procedimientos y la marcha de la producción no sufre decadencia ninguna. El taller de la pintura de vidrieras, dirigido hace doce años por un hábil artista, M. Luis Robert, es lo que mas llama la atención del público que se interesa con particularidad en los progresos del arte. De este taller han salido las muchas vidrieras que adornan la capilla de Dreux y las de la magnífica fachada de la colegiata de Eu. Entre estos últimos trabajos se distinguen dos graciosas composiciones de un estimable pintor francés llamado M. Deveria, que representan á San Fernando de Castilla y á Santa Adelaida de Hungría, y que damos con este corto artículo á nuestros lectores.

LA CARGA DEL DIABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro n. 2.)

—El tío Mauricio dijo que estaba de sobra adonde yo iba: por mi parte creo por el contrario que no hubiera sido malo ver como le recibían... pero en casa dijeron que no se debe principiar por enseñar las cargas del matrimonio... No sé porque te hablo de esto, Mariquita; no debes entender nada.

— Oh, sí, German; sé que vais para casaros; mi madre me lo ha dicho, encargándome mucho que no se lo repitiese á nadie ni en el lugar, ni á donde voy, y podéis faros en mí, que nadie lo sabrá.

— Y harás muy bien porque no es una cosa concluida: quién sabe si la gustará!

— Pues ya lo creo, German; porqué no la habiais de gustar?

— Tengo tres hijos, y eso es una carga muy pesada para una muger que no es su madre.

— Es verdad, pero vuestros hijos no se parecen á los de los demas.

— Y porqué?
— Porque son hermosos como angelitos, y tan bien criados que no puede haberlos mas amables.

— Sin embargo Silvano es un poco travieso.

— Ya se sabe, como que es muy pequeñito todavia; pero es tan gracioso!

— Eso sí, y ademas tiene mucho valor: no teme á las vacas ni á los toros y si le dejasen ya montaría en los caballos como su hermano mayor.

— Yo en vuestro lugar habria traído al mas grandecito; estoy segura de que al instante os habriais hecho amar teniendo un niño tan hermoso!

— Si la muger ama los niños, es verdad; pero y si no los ama?

— Hay acaso mugeres que no los amen?
— Creo que no hay muchas, pero hay algunas, y esta idea me desespera.

— No la conocéis á ella nada, nada?

— La conozco tanto como tú, y temo que mi entrevista no me la dé á conocer mucho. No soy desconfiado, y creo todas las buenas palabras que me dicen, pero muchas veces he tenido ocasion de arrepentirme de ello porque del dicho al hecho va grande trecho.

— Dicen que es una muger muy buena.

— Quién dice eso? el tío Mauricio?

— Sí.

— Está muy bien, pero él no la conoce tampoco.
— En fin pronto vais á verla, y observándola con atención creo que no os engañaréis, German.

— Mira Mariquita, me alegraría mucho que la vieses tú tambien un poco antes de irte á Ormeaux; eres muy penetrante y nada te se escapa, de modo que si adviertes algo que no te gusta me lo dirás bajito.

— Oh! no German, no hay cuidado que lo haga, podría engañarme, y ademas si por una palabra dicha á la ligera os entrara en horror ese matrimonio, vuestros parientes me echarian la culpa, y ya tengo bastantes penas con las mias, sin causarme otras á mi pobrecilla y querida madre.

Mientras iban hablando de este modo la Parda se asustó, levantó las orejas, y luego se echó hácia atras acercándose á unas zarzas, donde habia principiado á reconocer lo que habia sido causa de su espanto. German se puso á mirar tambien al mismo lado y descubrió en un bosque bajo la sombra de una encina, un bulto que tomó por un cordero.

— Es un animal que se ha perdido, ó que está muerto, porque no se menea: acaso le estarán buscando por ahí, vamos á ver.

— No, no, exclamó Mariquita; es un chico dormido; es Periquillo.

— Cómo! dijo German apesándose de la yegua; con que se ha puesto á dormir ahí, tan lejos de la casa, en un sitio donde puede venir una culebra!

Y al decir esto tomó en sus brazos al niño, que se sonrió al verle, dándole un abrazo y diciéndole:

— Papá, papá, me vas á llevar contigo!

— Ah! sigues con la misma canción! Qué estabas haciendo ahí, Perico?

— Estaba esperando que pasaras mirando al camino, y á fuerza de mirar me he quedado dormido.

— Y si hubiera pasado sin verte te habrias quedado ahí toda la noche á que te comieran los lobos.

— Oh! ya sabia yo que me verias! respondió Periquillo con la mayor confianza.

— Pues bien, ahora dame un beso y adios: vuélvete pronto á casa si no quieres que cenén sin tí.

— Con que no quieres llevarme contigo! exclamó Periquillo trotándose los ojos para hacer ver que queria echar á llorar.

— Ya sabes que los abuelos no quieren que vengas, dijo German apelando á la autoridad de sus parientes, como un hombre que no cuenta mucho con la suya propia.

Pero el niño no hizo caso de nada, y se echó á llorar muy de veras diciendo que puesto que su padre llevaba á Mariquita tambien podría llevarle á él. En vano German le hizo presente que era necesario atravesar el bosque donde habia muchos animales que comían á los niños, que la Parda no podia con tres personas, como lo habia dicho al salir del pueblo, y que á la parte donde iban no habia cama ni comida para los lorones; todas estas buenas razones no podian convencer á Periquillo, que se arrojó sobre la yerba y se arrastró por ella gritando que su padre ya no le queria y que si no le llevaba no volvería á casa aquella noche.

German tenia un corazon de padre tan tierno y débil como el de una muger: la muerte de su esposa, los cuidados que habia debido tomarse por sus niños, y tambien el pensamiento de que privados de su madre tenian necesidad de un mayor cariño por parte suya, habian contribuido mucho á dificultar su corazon, y tuvo que combatir mucho en su interior, tanto mas cuanto que le daba vergüenza de mostrarse tan débil y trataba de ocultar á Maria su flaqueza. Por

último contentiéndose para no echar á llorar con su hijo, quiso finjar que se encolerizaba, mas volviéndose hacia Mariquita como para tomarla por testigo de su firmeza de ánimo, vió que el rostro de la buena muchacha estaba bañado de lágrimas, y esto le hizo perder el poco valor que le quedaba siendo imposible el contener las suyas á pesar de que estaba riñendo y amenazando todavía.

— No creía que teniais tan duro el corazón, le dijo Mariquita, y por mi parte os confieso que no podría hacer eso con una criatura. Vamos, German, que venga con nosotros; la yegua está bien acostumbrada á llevar dos personas y un niño y la prueba es que vuestro hermano político y su muger, que es mucho mas pesada que yo, van los sábados al mercado con su hijo, en este hermoso animal. Le podeis poner delante á caballo, y ademas prefiero irme sola á pié que causar ninguna pena al chiquito.

— Lo que es por eso no hay cuidado, respondió German que no deseaba otra cosa sino dejarse convencer. La Parda podría llevar dos personas mas si hubiese puesto para ellas sobre sus lomos. Pero qué vamos á hacer en el camino con este chico? Ya á tener frío y hambre y luego no tiene nadie que le cuide esta noche ni mañana para acostarle y arreglarle. No me atrevo á dar ese encargo á una muger á quien no conozco, y que sin duda diría que la trato con demasiada franqueza para osar.

— Segun como lo tome, os podréis hacer una idea de lo que es, German, y ademas si eso la fastidiara aquí estoy yo para cuidar de vuestro hijo; iré á casa de ella para vestirle, le pasearé por el campo, le divertiré todo el día y tendré cuidado de que nada le falte.

— No, ese es mucho trabajo para ti; piensa que va á incomodarte todo un día!

— Al contrario puede creer que me servirá de distracción y me hará mucho menos triste el primer día que debo pasar en un nuevo país: me figuraré que estoy aún en mi casa.

El niño viendo que María se ponía de su parte, se agarró á su vestido con tanta fuerza que habría sido menester hacerle daño para arrancar sus manitas de allí. Cuando notó que su padre cedía, tomó la mano de la jóven con sus deditos tostados por el sol, y la dió un beso saltando de alegría y arastrándola hacia la yegua con esa ardiente impaciencia que demuestran los niños en todos sus deseos.

— Vamos, vamos, dijo María levantándole en sus brazos, tratemos de apaciguar este corazoncillo que palpita como el de un pájaro: cuando sientas el frío de la noche dime lo, Periquillo, que yo te cubriré con mi capa. Besa á tu padre y pídele perdón por haber sido malo; dile que nunca volverás á hacer eso, nunca, nunca, lo oyes?

— Si, eso es; á condición de que yo haré siempre su voluntad, dijo German enjugándose los ojos con su pañuelo: ah! María; me vas á echar á perder este picaruelo!... pero verdaderamente eres una buena muchacha, Mariquita. No sé porque no has entrado de pastora en casa por el San Juan pasado; hubieras cuidado de mis hijos, y mas me hubiera gustado pagarle un poco mas porque los servirás, que ir á buscar una muger que creará hacernos un gran favor con solo no detestarnos.

— Siempre veis las cosas por lo mas malo, respondió Mariquita teniendo las riendas del caballo mientras German colocaba á su hijo en la delantera de la ancha silla forrada de piel de cabra: si vuestra muger no quiere á los niños me tomaréis de criada el año que viene, y no tengais cuidado por eso que tanto les divertiré, que ellos, los pobrecitos, no advertiran nada.

IV.

BAJO LOS ARBOLES.

— Pero ahora me acuerdo, dijo German, qué van á pensar en casa cuando vean que el chico no vuelve?

— Podeis hacer una cosa; mas arriba encontraremos al guarda del camino trabajando, y podeis encargarle que vaya á decir á casa que os llevais al niño.

— Es verdad, María, tu encuentras remedio para todo; no me acordaba que Juan debe estar allí.

— Y como justamente vive muy cerca de la quinta, no le costará ningun trabajo el llevar el recado.

Cuando se hubo tomado esta precaucion, German volvió á poner al trote la yegua, y Periquillo estaba tan alegre que ni siquiera se acordaba de que no habia comido. Sin embargo poco á poco el movimiento del caballo le fué despertando el estómago, y al cabo de una legua empezó á bostezar, á palidecer y á confesar que se moría de hambre.

— Ya empezamos, dijo German: si he dicho que no andariamos mucho sin que Perico pidiese de comer ó de beber.

— Tambien tengo sed! dijo el muchacho.

— Mira, dentro de un poco entraremos en la taberna de la tía Rebec, en Corlay; María, tú tambien beberas un dedito de vino.

— No, no, respondió la jóven; no tengo ganas de nada, yo me quedaré con la yegua mientras das de beber al chiquito.

— Pero mira que diste esta mañana tu pan á Periquillo, y estas en ayunas; no quisiste comer con nosotros en casa porque estabas llorando!

— Oh! os juro que no tenia hambre, me hallaba muy apesadumbrada para haber podido atravesar un bocado; y aun ahora mismo no me siento con gana ninguna de comer.

— No importa, Mariquita; si nó podrias caer mala. Tenemos mucho que andar, y si no tomamos nada llegaremos allí pidiendo de comer antes de decir: buenos dias. Ya veras como yo te doy el ejemplo, á pesar de que no tengo mucho apetito; pero no le hace, comeré, porque al fin y al cabo no pude abrir la boca cuando estaba en la mesa. Tu madre y tú estabais llorando, y esto me partía el corazón; vamos, vamos; voy á atar la Parda á la puerta, y ya puedes ir bajando, te lo mando yo.

Y dicho esto los tres entraron en la taberna de la tía Rebec, y en menos de un cuarto de hora la gruesa y coja posadera logró servirles una tortilla de buena cara, un pan de maíz y vino blanco.

Los campesinos no comen de prisa, y Periquillo tenia tanto apetito que siempre se pasó mas de una hora antes de que German hubiese podido pensar en volver á ponerse en camino. Mariquita principió á comer por complacer á German, pero poco á poco la gana fué viniendo, porque á diez y seis años no se puede guardar la dieta largas horas, y el aire de los campos despertaba bien luego el apetito. Las buenas palabras que German la supo decir para consolada é infundirle ánimos, produjeron asimismo su debido efecto; de suerte que bien pronto hubo de persuadirse de que siete meses se pasan luego para pensar en la felicidad que la esperaba de volverse á hallar en su choza entre su familia, puesto que el tío Mauricio y German estaban acordes en tomarla á su servicio. Pero cuando principiaba á distraerse de este modo, y jugaba un poco con Periquillo, German tuvo

la mala idea de hacerla mirar por la ventana de la taberna, la hermosa vista del valle que se descubria enteramente desde aquella altura, valle tan fértil, tan verdoso y risueño. Mariquita se puso á mirar y preguntó si se descubrían desde allí las casas de Ormeaux.

— Ya ve que si, contestó German, y la granja y hasta la casa donde vas á vivir. Mirala, allí está; aquel puntito pardo junto á los álamos, mas allá del campanario.

— Ah! ya le veo, dijo la muchacha, y se puso á llorar de nuevo.

— He hecho mal en hacerte pensar en eso: á la verdad estoy muy torpe hoy. Ea, María, vámonos; los dias son muy cortos y dentro de una hora, en cuanto salga la luna, te aseguro que no vamos á tener calor.

Volvieron á ponerse en camino, y como para no cansar á la jóven y al niño con el rápido trote de la yegua, German no podia hacer ir de prisa al animal, ya estaba muy puesto el sol cuando salieron del camino para entrar en el bosque.

German conocia el camino hasta Magnier, pero para acortar, tomó una direccion que nunca habia tomado cuando iba á la feria; mas tanto se engañó en esto, que apenas hubo entrado en el bosque, ya se puso de espaldas hacia donde iba, subiéndolo mucho mas arriba por el lado de Ardetes.

Lo que le impidió entónces orientarse fué la niebla que se levantaba con la noche, una de esas nieblas de otoño que la blancura de los resplandores de la luna hacen mas vagas y engañosas todavía. Las grandes charcas que abundan tanto en aquel sitio exalaban vapores tan espesos que cuando la Parda las atravesaba apenas sentía que lo hacia.

Por último, cuando desembocaron en una hermosa calle bien ancha, German trató de ver en que sitio se hallaba, y bien luego comió que se habia perdido; porque el tío Mauricio al darle las señas del camino, le dijo que al salir de los bosques tendria que bajar una gran cuesta, atravesar una inmensa pradera y pasar dos veces el rio, y aun le añadió que entrase en el agua con mucha precaucion porque la lluvia podia haber traído alguna crecida; y como no veia ni pradera ni rio, sino una ladera lisa y blanca como la nieve, se detuvo buscando una casa, ó alguien que pudiera guiarle, aunque infructuosamente. Entónces dió una vuelta á la yegua entrando de nuevo en los bosques; pero la niebla era mas espesa que antes todavía, la luna estaba cubierta de gruesas nublarrones, los caminos eran muy malos y no se descubria otra cosa mas que barrancos. Dos veces la Parda estuvo á punto de caer al suelo, cargada como iba: estaba casi desalentada y si bien conservaba aun bastante discernimiento para no tropezar con los arboles, no por eso podia impedir que los que la montaban se enredasen muchas veces con las gruesas ramas que cerraban el camino á la altura de sus cabezas haciéndoles correr grandes peligros. German perdió su sombrero en uno de estos tropezones, costándole gran trabajo el encontrarle. Periquillo se quedó dormido, y pesado como un talego estorbaba tanto á su padre que le llevaba en brazos, que apenas podia ya ni sostener ni dirigir el caballo.

— Creo que estamos hechizados, dijo German parando la yegua; porque á menos de estar borracho nadie puede perderse en este bosque, y hace mas de dos horas que estamos dando vueltas sin salir de él. La Parda no tiene en la cabeza mas que una idea y es la de volver á casa; ella es la que nos ha perdido; si queremos ir allá, no hay mas que dejarla; pero cuando tal vez nos faltan solo cuatro pasos para llegar al sitio donde hemos de acostarnos, sería menester estar locos para renunciar á ello y volver á emprender un

camino tan largo. Sin embargo, no sé que hemos de hacer; no veo ni cielo ni tierra, y temo que este chico coja unas calenturas si nos quedamos en medio de esta maldita niebla, ó que se mate si la yegua tropieza y cae hacia adelante.

— No nos obstinemos mas, dijo Mariquita; bajémonos German; dadme el niño que yo le llevaré bien y le tendré cubierto bajo la capa, mucho mejor que vos. Tomad á la yegua de la rienda acaso veremos algo mas cuando estemos mas cerca de la tierra.

Con esto no lograron otra cosa que libertarse de una caída del caballo, porque la niebla llegaba hasta el suelo, y aun parecia estar pegada á aquella tierra húmeda y fangosa. La marcha se hacia muy penosa y bien luego llegaron á estar tan fatigados que tuvieron que detenerse en una plazoleta que encontraron rodeada de corpulentos arboles. Mariquita estaba calada hasta los huesos pero ni se quejaba ni se acordaba por nada; ocupada únicamente con el niño se sentó en la arena y le puso sobre su falda, en tanto que German registraba las cercanías, despues de haber atado las riendas de la Parda á la rama de un arbol.

Peró la yegua que estaba muy poco contenta de aquel viaje, dió un tirón, rompió las riendas y sacudiendo en el aire á modo de desquite, unos cuantos pares de coeces, echó á correr entre los matorrales, como para probar que de nadie necesitaba para volver á encontrar su camino.

— Ya nos hemos quedado á pié, dijo German despues de haber tratado aunque infructuosamente de apoderarse de la fugitiva yegua; de nada nos serviría el volver á hallar el buen camino, teniendo que atravesar el río á pié, y segun estan de mojados los caminos estoy por decir que la pradera está ahora bajo las aguas. Así, lo que tenemos hacer es esperar aquí á que la niebla se disipe, lo que puede tardar una hora ó dos; cuando veamos claro, buscaremos una casa cualquiera para guarecernos, pero en este instante es imposible salir de aquí; allí hay un foso, aquí un estanque, y por delante y por detras, no puedo decir lo que hay, porque maldito si sé por donde hemos llegado. (Se continuará.)

MACHINA.

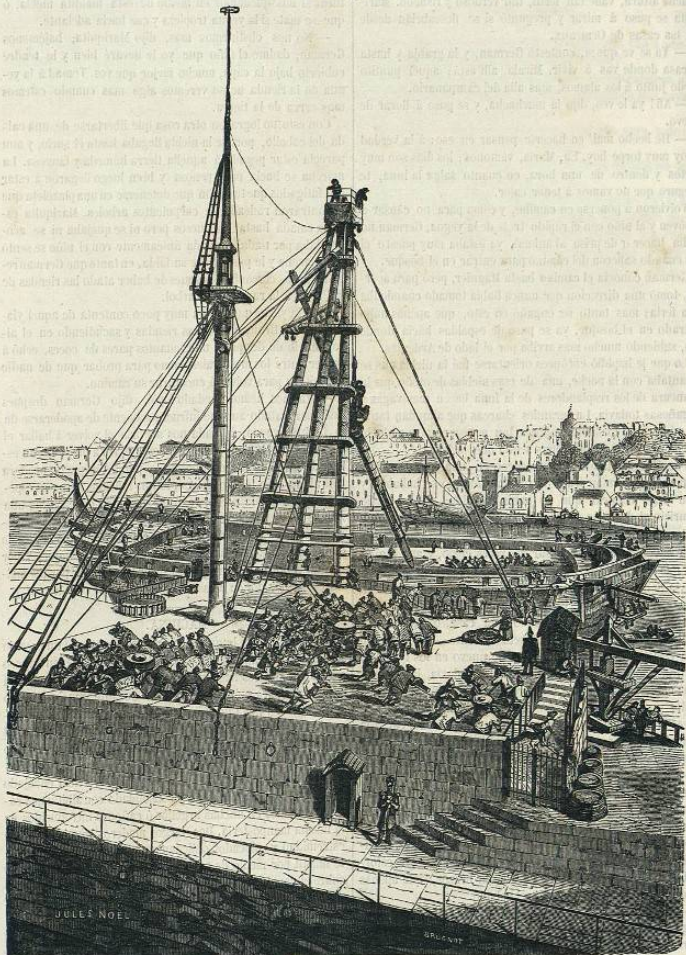
Los palos de un buque de guerra compuestos de un crecido número de albitanas juntas con anillos de hierro, tienen un peso y volumen que les hace muy difíciles de manejar; por eso la operacion para colocarlos ha sido durante mucho tiempo muy penosa y llena de peligros. Al cabo se ha llegado á inventar un aparato que se llama MACHINA, por medio del cual se levantan los palos y se llevan casi sin trabajo al punto que deben ocupar.

Esta machina se compone de un mástil vertical encajado en un mazo de albañilería y consolidado con albitanas y cables trineados en anchas argollas ó cañones introducidos en la misma manpostera. Dos largos maderos reunidos en la estremidad y colocados oblicuamente se hallan ligados á este mástil por medio de otras cuerdas y albitanas. Inclínalos sobre el causal, estos maderos sirven para levantar el palo que debe ponerse en el buque; este palo se agarra con calabrotes, cuya estremidad se enrolla á los cabezantes colocados al pié de la machina; haciendo tirar estos cabezantes se acortan los calabrotes, se levanta el palo por encima del buque, que se coloca al borde del canal, y se encuentra, en fin, colocado verticalmente sobre el agujero por donde debe entrar; se dirige el pié del palo hacia este agujero, y luego trabajan los cabezantes despacito hasta que el palo descansa sobre su carlinga.

Los buques mayores tienen tres palos verticales que se

colocan de este modo: el palo trinquete adelante, el palo mayor en medio, y 1 de mesana. Cada uno de estos palos

tiene encima otros dos; el mastelero de gavia y luego el de juanete y tambien cada uno de ellos tiene un velamen que le



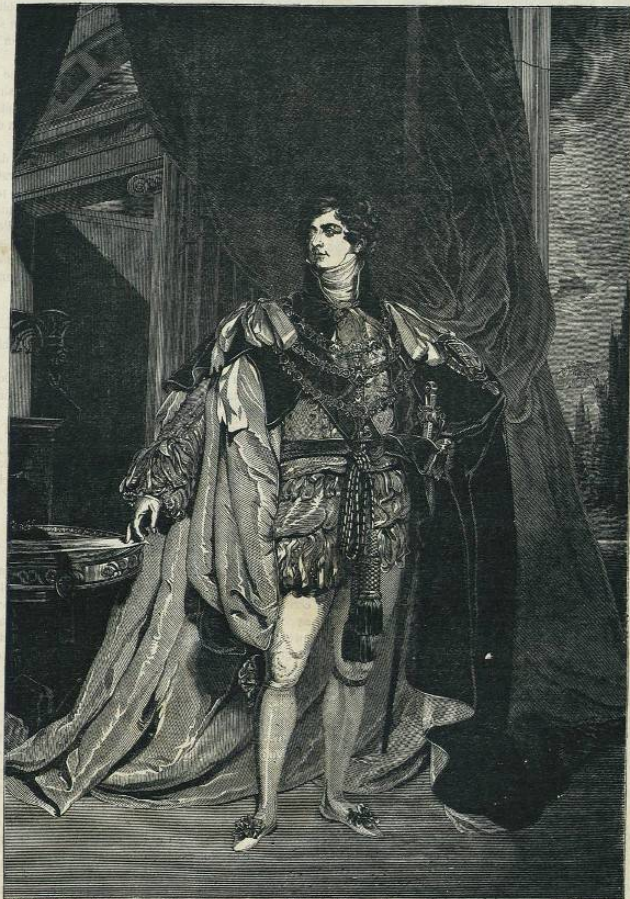
Machina del puerto de Brest.—Dibujo de M. J. Noar.

Imprenta de Blondev.

es propio, lo que forma tres órdenes de velas sobrepuestas. La machina que representa nuestro grabado se halla en el

puerto de Brest, colocada en la parte baja del antiguo palacio entre la cadena y la verja del puerto.

TOMAS LAWRENCE.



Retrato de Jorge IV, rey de Inglaterra.

Imprenta de Blondev.

El grabado que damos hoy á nuestros lectores es la reproducción de uno de los quinientos diez y ocho retratos que pintó sir Tomas Lawrence en su brillante y fecunda carrera. El rey, en gran traje de ceremonia, se halla de pie en uno

de los salones del palacio de Windsor. Su cabeza, desembarazada de la corona que se halla puesta en un rico velador colocado á su derecha, se destaca luminosa, sobre un gran ropage de terciopelo de color de granada que cae del techo

medio tapando unas columnas acanaladas, aunque dejando sin embargo un claro por donde se descubre un verdoso parque y un cielo cargado de brillantes nubes.

La actitud del regío modelo está llena de alíveo y desenvoltura, y aun si podemos decirlo así, de distinción un tanto femenina. Nada es comparable á la riqueza y magnificencia de su traje: la seda, el raso, el terciopelo, el oro y las pedrerías brillan en todo él desde los pies á la cabeza. Las destimbradoras insignias de las órdenes soberanas como las de la Jarretera, San Jorge y otras varias, despiden sobre la figura toda los mas centelleantes reflejos. Todos los pormenores se hallan estudiados con el mayor esmero y detenimiento, y, sin embargo, no por esto el conjunto se resiente de ello.

Lawrence quien, como el pintor francés Gerard, podría ser apellidado retratista de los reyes y emperadores, no ha tenido sin embargo ocasión de pintar muchas veces un personaje semejante, y por esto quiso ostentar en él todas las gracias de su paleta delicada.

Mientras que el artista retrataba al rey, mientras que sir Lawrence trabajaba en trasladar al lienzo la fisonomía de Jorge IV, que sentimientos debían agitar interiormente el corazón de estos dos hombres colocados en frente el uno de otro, y mirándose, como suele decirse, en lo blanco de los ojos?

Si el gran novelista Balzac viviese aun, hubiéramos dirigido con mucho gusto esta pregunta á ese profundo y sagaz escrutador de las infinitas maneras recónditas del corazón humano; pero en el día nos dirigimos al lector, pidiéndole una respuesta, después que haya tomado conocimiento de los hechos que la motivan y que, en dos palabras, vamos á relatar aquí.

Cuando Jorge IV era todavía príncipe de Gales se casó con la famosísima Elisabeth Carolina, con la condición que ésta le pagara todas sus deudas. El matrimonio se deshizo al día siguiente de las bodas y la princesa de Gales se retiró á Montaña-House. Muchos meses después fué llamado Lawrence á esa brillante soledad para hacer el retrato de la hermosa muger que la habitaba. A pesar de la facilidad del artista, el trabajo duró mucho tiempo, pero al cabo se concluyó, y, bien que después del rompimiento de su enlace, Carolina no hubiese vuelto á ver al príncipe de Gales, dió á luz un hijo en una época de mucho compromiso, ante la ley inglesa, para el distinguido retratista. Un pleito escandaloso llamó la atención de toda la Europa con este motivo, pero el jurado declaró á Lawrence inocente. Es probable que el marido de la culpable, que ocupaba ya el trono de Inglaterra opinó lo mismo que los jueces, pues que no tuvo inconveniente algun tiempo después en mandarse retratar por sir Thomas Lawrence.

J. J. ARNOUX.

LA MANO DE MI MADRE.

Porqué os admiráis, jovencitos, al ver mis cabellos blancos? También á vosotros os saldrán las canas con los trabajos y los años.

Antes, fui jóven como vosotros; como vosotros tuve una madre que velaba á la cabecera de mi cama, que enjugaba mis lágrimas con sus labios, que me enseñaba á balbucear las primeras sílabas.

Y cuando llegaba la noche me hacía poner de rodillas á su lado, y, poniendo su mano sobre mi cabeza oraba, de rodillas también, y oraba por mí.

Y en tanto que sentía su mano sobre mi frente, volvía á ver los ángeles con sus alas desplegadas, y me parecía habitar aun el mundo radiante de donde había bajado.

Peró llegó un día terrible, un día en que me separaron de ella, un día, ay! en que murió!

Me lo dijeron, pero no lo comprendí; coji una rosa blanca, y me deslicé en su aposento. Mi madre dormía con un sueño extraño, y por primera vez sus labios no se abrieron para responderme.

Aquella noche me arrodillé tristemente y me puse á rezar. Su mano no descansaba ya sobre mi frente, y sin embargo la sentía aun; pero en vez de los rostros radiantes de los ángeles, veía la pálida y descompuesta fisonomía de mi querida madre.

Los años se pasaron rápidamente, y crecí en medio de una salvaje y caprichosa independencia; luego me maltrataron mucho las pasiones y me quedé abatido hasta el suelo por el huracán. Pero en medio de la calma de las noches sentía el contacto de aquella dulce y poderosa mano y oraba y lloraba sin cesar.

Con la juventud llegaron los atractivos y los escollos del placer; pero cuando estaba al borde del abismo la mano de mi madre me detenía en él.

Como antiguamente, me parecía que aquella mano enredaba en mi cabellera, y una voz lejana me decía: — Hijo mío, guárdate de caer; no peques contra tu Dios, contra tu madre!

La edad ha debilitado mi memoria; me ha velado los objetos y embotado los sonidos, pero aquel sagrado contacto ha permanecido presente como el primer día; en mis cabellos blancos por los hielos de los años, siento aun la mano bienhechora de mi madre.

Y cuando al irasparar el oscuro pasaje de la tumba, entrevea el cielo, la mano de mi madre, me guiará hácia ella y hácia Dios.

J. J. ARNOUX.

LA CONCIENCIA.

Qué tesoro mas dulce que el de una buena conciencia que, como un espejo fiel, no nos refleja nada que pueda entristecernos ó hacernos padecer! Qué alegría tan ínfima y victoriosa se experimenta cuando no se vé en toda la vida mas que un solo y mismo punto, y cuando uno no ha sido causa de la desgracia ó de las lágrimas de su prójimo! Hay, sin duda, debilidades y flaquezas inseparables de la humanidad; pero cuando no se ha ofendido á nadie en este mundo, el recuerdo de estas faltas no destruye en lo mas mínimo la paz interior! El hombre de bien se absuelve y forma el designio de perfeccionarse. Compárese este venturoso estado á la tempestad de los remordimientos, al temor, al espanto que traen en pos de sí, y se verá realizada la terrible y verdadera imagen de las furias persiguiendo al criminal, infundiendo en su corazón todos los terrores y desesperaciones del infierno.

Conciencia deriva de *cum* y *scire*, saber consigo ó en sí. En efecto, la conciencia es ese murmullo interior que nos indica si una acción es justa ó injusta, buena ó mala. Una de las propiedades mas patentes de la naturaleza del hombre, y que mas atestigua su alta superioridad sobre los animales, es la del conocimiento del bien y el mal moral relativamente á los demas seres y á sus semejantes. La principal necesidad de la vida intelectual para ser feliz, es la de existir sin remordimientos.

Nil conscire sibi, nulla pallescere culpa.

«Conciencia! conciencia! esclama un gran escritor; instinto divino, immortal y celeste voz, guía seguro de un ser ignorante y limitado, aunque inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante á Dios, tú

eres quien diriges la moralidad de sus acciones; sin tí no siento en mí interior nada que me haga superior á los animales, á no ser el triste privilegio de perderme de errores en errores con la ayuda de un entendimiento sin regla, y de una razón sin base y sin principio.»

LONGEVIDAD.

El Tow Worldsi, periódico inglés, ocupándose de la longevidad y de las causas que pueden influir en ella, dice lo siguiente: — «Es la templanza la que ocasiona una larga existencia? Parr era un hombre intemperante y vivió mas de 150 años! Depende acaso de las comodidades y de la regularidad de hábitos? Jenkyns, que vivió 160 años, era un mendigo que carecía á menudo de las cosas mas necesarias. Es un buen clima el promotor seguro de una prolongada existencia? Léase la siguiente tabla fijando cuidadosamente la atención en la variedad de climas que habitaban los individuos en ella mencionados.

| NOMBRES. | EDAD. | RESIDENCIAS. |
|------------------------------|-------|-------------------|
| Albama Marc..... | 150 | Etiopia. |
| Tito Fullonio..... | 150 | Benonia. |
| Abraham Paiba..... | 142 | Carolina del Sur. |
| Domicio Raduly..... | 140 | Transylvania. |
| La condesa de Desmond..... | 140 | Irlanda. |
| Jaime Sand..... | 140 | Strafordsbire. |
| La esposa de Jaime Sand..... | 120 | Strafordsbire. |
| Enrique Jenkyns..... | 169 | Yorkshire. |
| Tomas Parr..... | 152 | Shropshire. |
| Francisco Boms..... | 121 | Francia. |
| A. Goldsmith..... | 142 | Francia. |
| Margarita Patent..... | 138 | Escocia. |
| Guillermo Ellis..... | 130 | Liverpool. |
| Cristiano Drakenberg..... | 116 | Noruega. |
| Ricardo Lloyd..... | 133 | Gales. |
| Jaime Hayley..... | 112 | Cheshire. |
| Juan Wilson..... | 116 | Suffolk. |
| Luis Carnano..... | 100 | Venecia. |
| Juana Reeve..... | 103 | Essex. |
| Margarita de Winchester..... | 109 | Hampshire. |
| Inés Milburne..... | 116 | Londres. |

En la tabla que antecede encontramos todas las variedades posibles de suelo y de clima: Venecia con sus cimientos en el agua; Francia con sus vestidos de rayos de sol y su corona de flores. Noruega con su frente oculta en la región de las nieves y tempestades. Las Indias occidentales con su atmósfera de fuego. En todas ellas ha habido casos notables de longevidad. En el pantanoso condado de Essex ha vivido Juana Reeve ciento tres años. Hipócrates llegó á los ciento cuatro en la deliciosa isla de Cors. El ardiente interior de la Etiopia no pudo impedir que Albama Marc cumpliera ciento cincuenta años, así como Drakenberg ciento cuarenta y seis en las heladas montañas de Noruega. Así, que consecuencia puede sacarse de semejantes contrastes? Sin embargo, podemos aventurar una pregunta. No es probable que Parr hubiese vivido mucho mas si hubiera sido un hombre de una conducta templada? No le habría sucedido quizá lo mismo á Jenkyns si no se hubiese hallado sujeto á sufrir todas las vicisitudes de una vida vagabunda y sujeta á las escaseces? El escritor que nos ha suministrado las anteriores observaciones, concluye acertadamente del siguiente modo su artículo:

«Los medios conocidos de promover la longevidad se concretan á dichos vulgares, como: «Conservad vuestra

cabeza fría y los pies calientes. — Trabajad mucho y comed poco, etc.» Como si toda la ciencia de la vida humana pudiese reducirse á unas cuantas patabras, cuando nadie conoce sus principios mas generales. Uno de estos dichos vulgares mas razonables es el de un italiano que vivió ciento diez y seis años. Habiéndole preguntado un individuo de que medio se habia valido para vivir tanto tiempo, contestó con la siguiente improvisación tan propia de los habitantes de aquel país:

Con alimento sano el hambre acallo;

Secos tengo los pies y bien calientes,

Del sol y de la lluvia libre me hallo;

Nunca sufrí pesares inclementes.

Hé aquí ahora la mejor teoría que quizá existe en la materia. Cada humana criatura nace con cierta porción de vitalidad que no puede aumentarse, pero que puede si economizarse. Así dotado, puede vivir mas ó menos tiempo, aprisa ó despacio, puede distribuir sus momentos de vida en un largo ó un corto espacio; pero cuando la porción se agota se concluyó todo. El que vive mucho, bebe agua pura, evita todas las enfermedades inflamatorias, trabaja bastante, pero nunca demasiado, no se deja dominar por aniquiladoras pasiones, renuncia á los alimentos escitantes, no se entrega á placeres debilitantes, aparta de sí todo estudio trabajoso, conserva despejado su espíritu, y economizando así su cuota de existencia, vive mucho mas tiempo que de cualquier otro modo, porque vive despacio; mientras que el que, por el contrario, vive intensamente, bebe muchos vinos y licores espirituosos, se espone á contraer enfermedades inflamatorias, ó busca las causas de adquirirlas, trabaja mas de lo que le permiten sus fuerzas, asiste á espectáculos escitantes y se deja dominar por aniquiladoras pasiones, comiendo alimentos estimulantes y muy sazonados, este vive mucho menos y muere debilitado por sus escases.»

DE LOS JUICIOS HUMANOS.

En qué estamos pensando cuando nos desgarramos mutuamente con tantas sospechas injustas? Ay! El género humano es naturalmente muy curioso! Cada cual desea ver lo que está oculto y juzgar sobre las intenciones. Este afán hace que se adivine lo que no se vé, y como nunca queremos engañarnos, sucede que la sospecha se cambia bien luego en certidumbre hasta que llegamos á llamar convicción lo que no es regularmente sino una conjetura, y esta invención de nuestra mente la aplaudimos, y la acrecentamos desmesuradamente. Si en medio de estas sospechas llega á desperarse nuestra cólera, no hacemos la menor cosa para apagarla, porque «nadie cree injusta su cólera» como dice San Agustín. Luego llegan las inquietudes alimentadas por la desconfianza, y muchas veces nos batimos contra una sombra, ó mas bien la sombra nos hace atacar al cuerpo. Quiero aprender á no pensar nunca mal, á ver sin adivinar y á no ser precipitado en mis juicios. Si á esto se me dice que todos me engañan en este mundo, responderé, que esto es preferible á aguzar el injenio para burlarse del honor y de la reputación de los demas. Mas vale ser siempre engañado que vivir en la desconfianza, hija de la cobardía y madre de las disensiones. Dejáme pues en ese error inocente que me inspiran la humanidad, la verdad y la prudencia: la humanidad me manda creer en el bien y no el mal; la prudencia me enseña á no precipitar mis fallos, y la verdad me enseña también á no aventurar opiniones temerarias para condenar á los culpables, de miedo que, sin pensarlos, no hiera á los inocentes con injurias mortales. Bossuet.

EL CIEGO VIOLINISTA.

Estamos á la caída de la tarde. El labrador inglés ha dado su última vuelta por los campos, distribuyendo á sus jornaleros las alabanzas ó los regaños, y habiendo ya dado sus órdenes para el siguiente día: al entrar en su casa acaba de encontrar junto á la puerta al ciego de la parroquia con su violín en mano, y le ha hecho entrar con él, para regocijar un poco á su familia.

El artista ha representado al músico ambulante sentado ante la familia reunida y tocando alegres cantinelas llevando con sus pies el compás. A su lado, la abuela con un niño en



El ciego violinista.—Dibujo copiado del cuadro de WILKIE.

bastante alto, al lado de un mortero, se vé el busto de algun reverendo doctor de la Iglesia presbiteriana. No se ve nada de lujo, ningún adorno, pero tampoco hay desórden ninguno; puede decirse desde luego que todo el mundo cumple con su deber en esta casa, y que todos se hallan dichosos y contentos. Parece que cada virtud está representada por una jeneracion; los abuelos son la prudencia; el padre, la autoridad; la jóven, la ternura, y los niños la sencillez y la alegría. En cuanto al ciego, está ahí como un recuerdo de las desgracias que causan compasion; es un llamamiento á los corazones para que no se endurezcan en la felicidad. Santa y encantadora leccion que todos deberíamos comprender! porque los que padecen no sólo merecen nuestra simpatía sino tambien nuestra gratitud; al mismo tiempo que son hermanos nuestros, y desheredados, son tambien para nosotros vivas y patentes lecciones. Sin ellos, quién nos recordaría la miseria en nuestra prosperidad, y en nuestra salud las enfermedades?

los brazos, está escuchando pensativa aquellas melodías que le recuerdan su juventud, y el abuelo, en cuya mente se despiertan los mismos recuerdos, se sonríe vagamente, mirando al espacio. Un poco mas lejos, el labrador, de cara al niño pequenito que su madre tiene sobre la falda, repite lo que toca el ciego castañetando con sus dedos, en tanto que sus dos hijas escuchan admiradas, y que el niño mayor imita los movimientos del músico rascando en unos fuelles con un látigo viejo. Todo en este interior respira la tranquilidad, el bienestar y la union. Por todas partes se descubren los símbolos del trabajo: algunos utensilios del ajuar, un torno para hilar y unas tijeras se ven colgadas en la pared. En un basar

Imprenta de BLOISSEAU.

muy próxima á cerrarse, y que todo tome una voz para repetirnos eternamente la gran leccion cristiana: MEMENTO QUIA PULVIS ES. El que puede olvidar que es hombre todo un día, está en camino para mirarse al otro como un Dios.

LA GUARCA DEL DIABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro número 3.)

— Pues bien, tengamos paciencia German, dijo Mariquita. Aquí no estamos mal en la plazoleta; la lluvia no penetra por entre los árboles, y podemos hacer una hoguera; siempre encontraremos algunas ramas secas que ardan bien. Tenéis candela, no es verdad? hace un momento estabais fumando vuestra pipa.

— La tenía, pero la yesca estaba en la alforja con la caza que destinaba á mi futura, y la maldita yegua se lo ha llevado todo, hasta mi capa que va á perder por ahí en cualquier parte.

— No, no, German; las alforjas y la capa todo está caído en el suelo á nuestros pies. La Parda rompió la cincha y lo echó todo por tierra cuando se marchó.

— Toma, pues es verdad, dijo el labrador; con tal de que podamos hallar á tientas un poco de leña seca, lograremos calentarnos un poco.

— La cosa no es difícil, dijo Mariquita; todo el suelo está lleno de bojarasca; pero dadme primeramente vuestra capa.

— Para qué?

— Para hacer una cama á Periquillo: no, así no, al revés; aun está calentita de haber ido en la yegua; sujetadme las puntas en el suelo con esas piedras que estais viendo ahí.

— Yo no las veo; tienes ojos de gato, Maria.

— Ya está hecho German; arropémosle bien; mirad, ya está acostado tan bien como en su cama; tocadle para ver qué calor tiene.

— Es verdad; sabes cuidar muy bien á los niños.

— No es una cosa del otro jueves; ahora ya podéis buscar a yesca en las alforjas y arreglar la leña.

— Esto no podrá arder, está muy húmedo.

— De todo dudais, German; no os acordais cuando érais pastor de haber hecho hogueras en los campos mientras llovía mucho?

— Sí; en eso está el talento de los chicos que guardan los animales; pero yo me puse á llevar los bueyes en cuanto supe andar.

— Y por eso sois más fuerte que diestro; ya está puesta la leña; ahora veremos si arderá! Dadme acá la lumbre; bien, ahora soplad un poco, que no tenéis malos los pulmones.

— En efecto, dijo German soplando como el fuelle de una fragua. Al cabo de un instante, brilló la llama, y despidiendo primeramente una lucecilla roja, acabó por levantar llamaradas azules bajo el follaje de los árboles, luchando contra la bruma y secando poco á poco la atmósfera á diez pies á la redonda.

— Ahora voy á sentarme junto á Periquillo, para que no se caigan chispas en el cuerpo. Poned mas leña y atizad la lumbre German, que no cojeremos aquí ni constipados ni calenturas.

— Todo te sale bien, dijo German; sabes hacer lumbre

como una brujilla nocturna. Ah! este calor me vuelve á la vida, y me pone de buen humor; porque te aseguro que al verme con las piernas mojadas hasta las rodillas, con la esperanza de quedarme aquí toda la noche, estaba un poco descontento.

— Y cuando se está así no se sabe hacer nada, dijo Maria.

— No estás tú nunca de mal humor?

— Oh! no, jamas; y para qué?

— Ya sé que eso no sirve para nada, pero uno no es dueño de impedirlo... sobre todo cuando hay alguna pena; y Dios sabe que no has tenido pocas, pobre Mariquilla, porque á decir verdad no has sido nunca muy dichosa.

— Es cierto, mucho hemos padecido mi madre y yo; hemos tenido pesadumbres, pero tambien las hemos soportado con valor.

— El valor no me falta á mi para cualquiera cosa que haya que hacer, dijo German; pero te confieso que la miseria me incomodaria estando acostumbrado á que no me falte nada. Mi mujer me hizo rico y lo soy aun, y lo seré mientras trabaje en la granja, que creo será siempre... pero cada cual tiene sus malos ratos; mis penas han sido de otra especie.

— Sí, perdisteis la mujer, y lástima fué; tambien la loré yo, German, era tan buena! Pero no hablemos de ello, porque creo que la lloraría aun: todas mis pesadumbres me vuelven hoy!

— Ella te queria mucho, Mariquita; y hacia mucho caso de tu madre y de tí. Vaya, ya estás llorando; vamos, Maria, mira que no quiero llorar yo...

— Sí, y estais llorando tambien, German; qué vergüenza puede haber en que un hombre llóre á su mujer? Vaya, no hay que contenerse, amigo mio; yo tambien participo de la pena.

— Tienes buen corazon, Mariquita, y me consuela el llorar contigo. Pero acércate mas á la lumbre, están chorreando agua tus vestidos! Mira, yo me pondré á cuidar de Periquillo mientras vas á calentarte un poco.

— Estoy bien, dijo Maria, y lo que debéis hacer es tirar de una punta de la capa para sentaros.

— El hecho es que no estamos muy mal aquí, dijo German sentándose á su lado. Sin embargo, voy teniendo un poquito de hambre; ya son mas de las nueve, y me ha costado tanto trabajo el andar por esos caminos, que no me siento con muchos ánimos. Y tú no tienes hambre, Mariquilla?

— Nada, nada. Yo no estoy acostumbrada á hacer cuatro comidas, y me he acostado tantas veces sin cenar, que una vez mas, ya ni lo noto.

— Pues bien; yo creo que es muy bueno tener una muger como tú; una muger así no gasta nada, dijo German con una sonrisa.

— Yo no soy una muger, dijo sencillamente Maria, sin hacerse cargo del giro que iban tomando las ideas del labrador. En qué estais pensando?

— Pienso no sé en qué, respondió German; el hambre tal vez me hace estar meditabundo.

— Qué comilon! repuso la jóven sonriendo tambien á su vez; pero ya que no podéis vivir cinco ó seis horas sin comer, poco trabajo os cuesta sacar la caza de la alforja, y ponerla á asar en la hoguera.

— Diable! Buena idea! pero y el regalo de mi futuro suegro?

— Llevais seis perdices y una liebre; me parece que aunque quisierais, no podríais coméroslo todo.

— Y cómo lo hemos de hacer sin asador? se volverá un carbon.

— Oh, no, dijo Mariquita; yo me encargo de asarlo en la ceniza sin que se ahume. Acaso no habeis cojido alguna vez alondras en el campo para asarlas entre dos piedras? Ah! es verdad, se me olvida que no fuisteis pastor. Vamos, peladme esa perul; no tan fuerte, que la arrancais el pellejo.

— Ya podías pelar otra para enseñarme.

— Con que queréis comeros dos? ¡Qué hambriento! Ea, ya están listas; voy á ponerlas á la lumbre.

— Buena cantinera barías, Mariquita; pero desgraciadamente no tienes cantina aun, y voy á verme reducido á beber el agua de esa charca.

— Querriais también beber vino, no es verdad? y luego café? Sin duda creéis estar en la feria, bajo los árboles; llamemos al posadero para que traiga unos licóres al labrador de Belair!

— Ah, picaruela! te has propuesto burlarte de mí? Con que tú no beberías vino si le trvieramos?

— Yo? ya he bebido esta tarde en la taberna de la Rebec, por segunda vez en mi vida; pero no importa, si tenéis juicio, voy á sacaros una botella casi llena, y de uno que no es malo.

— Mariquita, si sigues así, me vas á hacer creer que eres bruja.

— Pero no os acordáis que hicisteis la locura de pedir dos botellas de vino á la tia Rebec? Pues bien; bebisteis una con Periquillo; yo apenas pude tragar cuatro gotas de la mia, y como ambas estaban ya pagadas, juzgué muy conveniente guardar la que estaba llena por si teniais sed en el camino, y en efecto heia aqui.

— Eres la muchacha mas lista que he visto en mi vida. Y decir que aunque estaba llorando cuando salió de la posada, eso no la impidió pensar en los demás!... Vaya, vaya, Mariquita, te digo que no será muy tonto el que se case contigo.

— Así lo espero, porque nunca podré querer á ningún tonto. Ea, comed las perdices, que están ya en punto, y en vez de pan tendréis que contentaros con unas castañas.

— Y á donde diablos has ido á buscar también las castañas?

— No es difícil de adivinar; las he cogido por todo el camino arrancándolas de las ramas al pasar, hasta que tuve llenos mis bolsillos.

— Y ya están asadas por supuesto?

— Yo lo creo, como que las puse en la lumbre desde que la hubo; eso se hace siempre en el campo.

— Entonces Mariquita, vamos á cenar juntos. Voy á beber á tu salud, desdantéme un buen marido... tan bueno, como tu misma puedes desearlo; hablame un poco de eso Mariquita.

— No tengo mucho que decir German, porque jamas he pensado en el asunto.

— Cómo, nunca, nunca? dijo German principiando á comer con un hambre de labrador, aunque separando los pedazos mas escogidos para ofrecerlos á su compañera, que se obstinó en no tomar ninguno, contentándose con comer algunas castañas. Dime, Mariquita, continuó viendo que la joven no pensaba en responderle, con que nunca te ha venido la idea del matrimonio? Sin embargo ya estás en edad para pensar en ello.

— Puede ser, respondió la joven, pero soy muy pobre: lo

ménos que se necesita para poner casa son sesenta duros, y para reunirlos tendré que trabajar duro ó seis años.

— Pobre muchacha! Me alegraría que el tío Mauricio me los diera, para tener el gusto de regalárselos.

— Muchas gracias German; pero qué dirían de mí si los tomara?

— Qué habian de decir? todo el mundo sabe que yo soy viejo y que no puedo casarme contigo, de modo que supondrían que yo... que tú...

— German, German, el niño se despierta, exclamó Maria.

V.

CON EL FRIO Y TODO.

Periquillo se habia levantado mirando en torno suyo con aire de asombro.

— Ah! siempre hace lo mismo cuando oye comer! dijo German; no le despertaría el ruido de un cañon, pero en cuanto se mecen los dientes á su lado, ya está abriendo unos ojos de á palmo.

— Así habeis debido hacer á su edad, German, dijo Mariquita con una sonrisita burlona. Vamos Periquillo, qué estás mirando de ese modo? Esta noche no estás en tu cama hijo mio; pero no por eso ha perdonado tu padre la cena; yo no he querido comer tu parte, pensando que ya la pedirías; ea, aqui la tienes Periquillo.

— Maria, quiero que comas tu tambien, exclamó el labrador, ó sino no como yo mas. Soy un hombre insaciable, un grosero, tú te privas de ello por nosotros y eso no debe ser, me da vergüenza que lo bagas. Mira, ya se me ha quitado el hambre, no quiero que mi Lijo cene, si no cenas tu tambien.

— Dejados en paz, respondió Maria; os digo que no tengo gana, mientras que Periquillo tiene hambre como un lobo. Mirad, mirad que buen apetito: nuestro hijo será tambien un robusto labrador.

En efecto Periquillo dió á conocer bien luego la casta de que descendía, y aunque estaba medio dormido y no comprendía cómo y porqué se hallaba en aquel sitio, comía que devoraba. Despues, cuando sació su hambre, sintiéndose un poco escitado como todos los niños que salen de lo acostumbrado, manifestó mas gracia, razon y curiosidad que de ordinario: preguntó dónde estaba, y cuando supo que se hallaba en mitad de un bosque tuvo miedo.

— No habia ninguna fiera por aqui? le preguntó á su padre.

— No, respondió German, no hay ninguna, no tengas miedo.

— Entonces me querías engañar cuando digiste que si iba contigo por los bosques me comerían los lobos?

— Eh! qué te parece? dijo German algun tanto cortado con la observacion de su hijo Periquillo.

— Tiene razon, repuso Mariquita, se lo digisteis, y se acuerda de ello porque tiene muy buena memoria. Pero sabe, Periquillo, que tu padre no miente jamas. Hemos pasado los bosques mientras dormías, y ahora estamos en una arboleda, donde las fieras no bajan nunca.

— Y estamos muy lejos de donde las hay?

— Sí; ademas los lobos no salen jamas de sus guaridas, y si acaso vieran tu padre los mataria.

— Y tú tambien Mariquita?

— Nosotros tambien porque tú nos ayudarias, no es verdad? tú como no tienes miedo, los pegarias de firme.

— Si, sí, dijo el niño emorgullecido y tomando una actitud heroica, los matariamos!

— No hay nadie como tú para hablar á los niños, dijo German á Mariquita, y para hacerles entrar en razon. Es cierto que no hace mucho eras tú tambien una niña y te acuerdas de lo que tu madre te decia: á mí me parece que cuanto mas jóvenes es uno mejor se entiende con los que lo son. Mucho me temo que una muger de treinta años, que no sabe aun lo que es ser madre, pueda aprender á hablar y á razonar con los chiquillos.

— Y porqué no German? No sé porqué habeis concebido una mala idea sobre vuestra futura; pero pronto la rectificaréis.

— Váyase al diablo mi futura, dijo German. Quisiera estar ya de vuelta, y no volveria á ver jamas. Qué necesidad tengo de una muger que no conozco?

— Papa, dijo el niño, porqué hablas hoy tanto de tu muger, cuando está muerta?...

— Ah! tú no has olvidado á tu pobre madre?

— No, puesto que he visto que la median en una caja de madera blanca, y que mi abuela me llevó á besarla y á despedirme de ella! qué blanca estaba y que fria! y todas las noches mi tia me hace rezar á Dios para que mi madre vaya á estar con él en el cielo! Crees que estará ahora?

— Me parece que sí, hijo mio; pero siempre es menester rezar para que vea tu madre que la quieres.

— Voy á rezar mi oracion de esta noche, repuso el niño; no me he acordado de hacerlo antes; pero no puedo rezar solo, porque siempre se me olvida algo; ayúdame tú, Mariquita.

— Sí, Periquillo, voy allá, dijo la joven; ponte aqui de rodillas encima de mí.

El niño se arrodilló en la falda de la joven, cruzó sus manitas y se puso á recitar su oracion, con atencion y fervor al principio, porque sabia muy bien la primera parte; luego con alguna mas lentitud, y por último, repitiendo palabra por palabra lo que Maria le dictaba, hasta que llegó al punto en que todas las noches le venia el sueño, razon porque jamas habia podido aprender entera su oracion. Esta vez tambien el trabajo de la atencion y la monotonía de su propio acento produjeron su efecto acostumbrado; las últimas sílabas le pronunció haciendo un esfuerzo inusitado, y aun despues de haberse las hecho repetir tres veces seguidas; su cabeza pesada de sueño se inclinó sobre el pecho de Maria y sus manos desmenuzándose se separaron y cayeron abiertas sobre sus rodillas. A la luz de la hoguera, German miró á su niño adormecido sobre el corazon de la joven Maria, quien sosteniéndole en sus brazos y calentando con su puro aliento su rubia cabellera, se habia entregado tambien á una piadosa meditacion, y oraba mentalmente por el alma de Catalina.

German se enteró, y quiso decirle á Mariquita alguna cosa para manifestarle toda la estimacion y gratitud que le inspiraba, pero nada se le ocurrió que pudiera satisfacer su pensamiento. Todo, lo que hizo fué acercarse á ella para besar á su hijo, que la joven tenia estrechado aun contra su seno, costándole gran trabajo el separar sus labios de la frente de Periquillo.

— Le vais á hacer mal, dijo Maria apartando con suavidad la cabeza del labrador ó por lo ménos vais á despertarle. Dejadle que le vuelva á acostar, puesto que ya se halla otra vez con los ángeles del paraíso.

El niño se dejó acostar, pero al estenderse sobre la capa, preguntó si le ponian otra vez en la yegua: luego abriendo sus grandes ojos azules, y fijándolos en el ramaje de los árboles durante algunos minutos, como si estuviera soñando sin dormir, ó como si le viniese en mentes una idea que se habia deslizado en su ánimo durante el día, formulándose al entregarse al sueño, pronunció poco á poco estas palabras: «Papa, si me has de dar otra madre, quiero que lo sea Mariquita.»

Y sin esperar la respuesta, cerró los ojos y se durmió. Mariquita no pareció prestar otra atencion á las estrañas palabras de Periquillo que él considerarias como una prueba de buena amistad; le abrigó con mucho cuidado, avivó la lumbre, y como la niebla estancada sobre la charca de allí cerca no tenia trazas de dispersarse, aconsejó á German que se acomodase junto á la hoguera para dormir un poco.

(Se continuará.)

EL BUHONERO.

Todos le hemos encontrado alguna vez por algun paraje estrañado, cargado con su fardo y apoyado en un palo, desafiando la lluvia y los calores; humilde misionero de la industria, va enseñando sus maravillas hasta en las chozas mas recónditas é ignoradas.

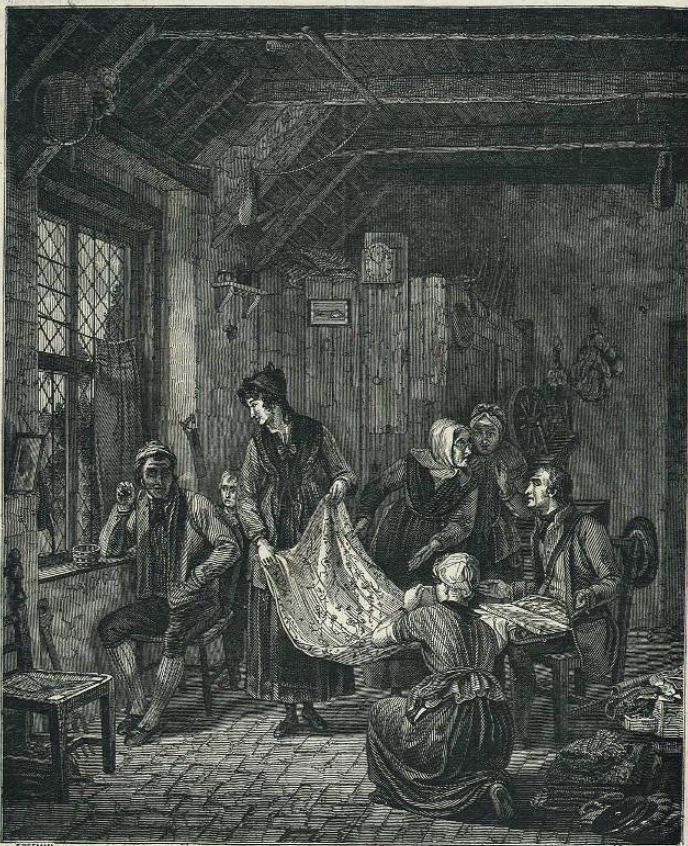
Nuestras ciudades en donde todo abunda no pueden imaginarse los servicios que prestan esos incansables tenedores ambulantes, últimos anillos de la cadena que une la civilizacion con la soledad. En las sociedades nacientes sobre todo, es donde el buhonero juega un gran papel, siendo la alegría y la providencia de los aislados colonos que transforman lentamente la nueva tierra — en que mas tarde formarán una patria. Los Estados Unidos, hoy el centro de tanta actividad comercial y manufacturera, no han tenido durante mucho tiempo otros abastecedores. Los buhoneros iban de hacienda en hacienda, ofreciendo sus mercaderías, y contando noticias, con lo cual servian de correspondencia para las familias dispersas: eran á la vez las tiendas ambulantes de la comarca, sus gacetas y sus mensajeros.

Bien que la multiplicidad de los medios de comunicacion haya modificado considerablemente este estado de cosas, aun se encuentran al Oeste de la Union algunos de los antiguos buhoneros que continúan su comercio con la misma dignidad y honor que en los pasados tiempos, pudiéndose citar desde luego los que se ocupan de la venta de libros destinados á las bibliotecas de familia, que poseen hasta los mas pobres colonos.

En Inglaterra, aunque no se hallan á la misma altura, los tenderos ambulantes han conservado algo de las costumbres de sus predecesores. En los condados agrestes ejercen aun una verdadera influencia, y su visita causa siempre una gran alegría en toda la casa. El gracioso lápiz de Wilkie ha representado, en el grabado que acompaña á este artículo, una de las mil escenas de esta especie.

El buhonero está sentado despues de haber mostrado sucesivamente todos sus medios de seducción; una tela para vestido con ramos de flores está llenando de asombro á todas las mugeres de la casa. La tia, oculta en la sombra, levanta la mano estasiada; la criada arrodillada, examina la tela á través de la luz, para asegurarse de la solidez de su tejido; la abuela con sus anteojos en la nariz, regatea el precio, pide una disminucion, y el buhonero parece responder con su ademán: — Es imposible! La mas joven de las mugeres no dice nada, pero tiene la tela con ambas manos; se vuelve hacia

su marido y le interroga con los ojos. El niño colocado detrás de la silla de este último, tiene un airecito inquieto y suplicante; evidentemente está sirviendo de cómplice a su madre.



El Buhonero.—Dibujo de FREEMAN copiado del cuadro de WILKIE.

dumbre ó la alegría de los que le rodean : grave cuestión que su prudencia podrá decidir apenas con acierto ! Si consiente, todos los ahorros van á convertirse en galas para la que lleva su nombre ; y cuánto no hablarán las vecinas, cuántas envidias habrá el domingo próximo en la iglesia ! Pero también si dice que no, qué descontento doméstico, cuántas alusiones

El jefe de la familia titubea aun, sonriendo con una risita de mal humor, y fumando su pipa en silencio. Con la mano metida en el bolsillo de su chaqueta parece pulsar la bolsa que hay que vaciar. De su resolución va á depender la pesa-

ó indirectas, y cuántas lágrimas quizá ! El marido cederá, no hay que dudarlo ; cederá al silencioso deseo de aquella que le hace tan feliz, á las súplicas del niño, y sobre todo á la inevitable inclinación de su propia generosidad ; y bien luego el buhonero repuesto del cansancio, dejará la quinta con su fardo mas ligero y algo mas pesado su bolsillo.

PABLO REMBRANDT.



Imprenta de Blondet.

Retrato de Pablo Rembrandt.

Hé aquí el retrato de Rembrandt del cual hemos hablado ya al examinar su cuadro del DESCENDIMIENTO. Qué hombre tan singular tenemos á la vista ! Esa toca sobre la oreja, esos cabellos rizados que flotan en abundancia sobre esos anchos hombros, todos esos rasgos tan fuertemente acentuados, esos bigotes erizados sobre esos gruesos labios, ese ojo tan vivo, penetrante é inteligente, con esas cejas bajas y fruncidas, esa espresion resuelta que le hace parecer á algun capitán de piratas, esa capa prendida al acaso en torno del cuerpo y de los brazos, todo ello forma un conjunto pintoresco y extraño, un personaje que, visto una vez, no vuelve á olvidarse jamás.

El hijo del molinero Gerretz-Van-Ryn, como sucede en todas las familias que viven del trabajo manual, fué destinado á una profesion, mas considerada sino mas honorable, que la de su padre. Enviáronle, muy jóven aun, á la Universidad de Leyde para estudiar las letras, y seguir una carrera literaria. Pero el adolescente cubrió sus cuadernos de mas diseños escéntricos que de frases clásicas, y el mejor día dejó plantados á los sábios, para entrar en el estudio de un pintor llamado Lastman que florecia en Amsterdam por los años 1620, y de allí pasó al de Santiago Pinas, artista bastante oscuro hoy, pero muy conocido en aquella

época. No hay para qué añadir aquí que el jóven Rembrandt fué superior bien luego á sus maestros.

El carácter general de la pintura holandesa, es, como todos sabemos, la naturalidad, la verdad trivial, lo mas vulgar, pero espesado con tanta realidad, y de un modo tan incontestablemente superior, que los pintores holandeses han hecho de su escuela una de las mas grandes y mas ilustres que se conocen en la historia del arte plástico. Rembrandt se distingue profundamente de los demas pintores de su patria, por su inimitable estilo, su originalidad y sus caprichos, hijos mas bien de las regiones ideales que de un mundo real y verdadero.

Los aficionados holandeses no tardaron mucho en condescenderse de esta verdad. Hé aquí la curiosa historia de la venta del primer cuadro de Rembrandt, escrita por Descamps. Siguiendo un consejo que le dieron, Rembrandt salió de casa de su padre con su cuadro, y se fué á la Haya á casa de un rico aficionado, que se le compró en la cantidad de cien florines. « Esta suma, dice el mencionado historiador, estuvo á punto de hacer perder el juicio al jóven artista : habia emprendido á pie su viage, pero para regresar mas pronto á su casa y entregar á su padre tan gran fortuna, tomó un puesto en el carrton de la posta... Todo el mundo

salió cuando llegó la hora de comer, pero Rembrandt no quiso moverse de su sitio, para no esponerse á perder su tesoro. Los caballos tomaron un pienso enganchados y todo, y luego continuaron corriendo hasta Leyde, donde entraron en la posada ordinaria. Rembrandt saltó con presteza del carruaje, y fué á llevar corriendo su dinero al molino en donde vivía su padre.»

J. J. ARNOUX.

LA NOCHE EN LA SOLEDAD.

A MI AMIGO DON LOPE CISBERT.

Llegó la noche placida
velando el ancho cielo,
mas las estrellas fulgidas
cual astros de consuelo
derraman ya benéficas
su dulce resplandor;
Y en los hojosos árboles
la brisa suspirando,
y el arroyuelo tímido
con su murmullo blando,
en nuestras tristes ánimas
infunden paz y amor.

¡Oh, hermano, ven! Los miseros
que, como tú suspiran,
hallan el manso júbilo
que lejos de sí miran
en la quietud dulcísima
de aquesta soledad.

Ven; ¡ay! que en esta atmósfera
cuyo misterio encanta
el dulce aliento aspirado
de la pureza santa,
las penas hallan bálsamo,
renace la verdad.

En esta paz el ánimo
gentil las alas tiende,
y en vuelo alegre y rápido
el vasto espacio hiede,
y al firmamento elevase
que ante sus ojos ve:

Y enjutas ya sus lágrimas,
deshecha su amargura,
bañada en luz purísima
goza de la ternura
que en ella vierte angélica
la misteriosa fe.

Oírás cual por los ámbitos
opuestos de la tierra
resuenan los borrissonos
ecos de infanda guerra,
de la soberbia indómita
y el odio destructor:

Oíráslos, cual los débiles
ecos que lleva el viento;
cuando al soplar del ábrigo
el fervido elemento
lejano en olas rompose
con infernal rumor.

Oírás las voces fútiles
que la inocencia lanza
cuando con negro espíritu
le oprime la venganza
cual á la oveja tímida
cruel lobo rapaz.
Y al par en roncó estrépito
cantares de alegría.

de los que en loco júbilo,
arriendo noche y día
de su placer al ídolo
doblan la aliva faz.

¡Oh, hermano! Ante ese vértigo
de pena y de locura
suspirás solito
por la inmortal ventura
de la quietud dulcísima
que goza el corazón.

Si lejos de los nítidos
sueños que son tiranos
no alimentas quiméricas
ánimas de honores vanos,
ni de placeres miseros,
soberbia ni ambición.

¡Qué ha sido de los incultos
clarísimos varones
cuyas empresas célebres
llenaron las naciones?

¡Ay! Como sombra rápida
pasaron: ¿dónde están?
Ve, si, cual en sus páginas
el libro de la historia
dice con sus imágenes
que es la terrena gloria
sueño que pasa súbito,
maldro de eterno afán.

Ansiemos la benéfica
paz en que vive el alma;
la paz, precioso bálsamo
que nuestras penas calma;
iris que traza espléndido
el dedo del Señor.

Y ante el valiente espíritu
rasgando el denso velo
mirémos las magníficas
galas de tierra y cielo,
¿dónde hallaremos, miseros,
mas júbilo ni amor?

Por eso, ven al placido
seno de aquesta sombra
bajo los verdes árboles,
sobre la fresca alfombra,
donde con voz teralísima
te llama mi amistad:
"Y á la apacible música
del bosque, el aura, el río,
ya vencedora el ánimo
de su dolor sombrío,
bendecirás en éstasis
la dulce soledad.

Octubre, 4850.

ANTONIO ARNAO.

INVENCION DEL AJEDREZ.

Al principio del siglo quinto de la era cristiana, habia en las Indias un principe poderosísimo, cuyos dominios estaban situados á las orillas del Ganges, el cual habia tomado el fastuoso titulo de rey de las Indias. Su padre habia obligado á un gran número de soberanos á que le pagasen tributo y se sometiesen á su imperio. El jóven monarca se olvidó bien pronto de que los reyes deben ser padres de sus pueblos: que el amor de los súbditos á sus reyes es el único apoyo sólido del trono: que solo este amor puede unir verdaderamente los pueblos con el principe que los gobierna, y

de quien hacen toda la fuerza y el poder, y que un rey con sus súbditos no tendrá su estomas que un titulo vano, ni logrará ventaja alguna sobre los demas hombres. Los brachmanes y bajales, esto es, ciertos filósofos y los grandes, representaron todas estas cosas al rey de las Indias; pero embriagado con la idea de su grandeza, que contemplaba eterna, despreció sus sábias representaciones.

Habiendo continuado estas y las quejas, se dió por ofendido, y para vengar su autoridad que creyó despreciada por los que se atrevian á desaprobár su conducta, les hizo perecer entre tormentos. Este ejemplo atemorizó á todos los demas y sellaron sus labios. El principe abandonado á sí mismo, y lo que era aun mas peligroso para él, y mas terrible para sus pueblos, entregado á los perniciosos consejos de los lisonjeros y aduladores de que estaba inundada su córte, se dejó llevar hasta los últimos excessos de la depravacion. Los pueblos agobiados bajo el peso de una tiranía insostenible, acreditaron con estremo cuán odiosa les habia llegado á ser una autoridad que solo se empleaba en hacerlos infelices. Los principes tributarios, persuadidos de que habiendo perdido el rey de las Indias el amor de sus pueblos, habia perdido todas sus fuerzas, se preparaban á sacudir el yugo y á llevar la guerra á sus Estados.

Entónces un brachman, llamado Sisa, hijo de Daker, conmovido de las tristes desgracias de su patria, intentó hacer al principe abrir los ojos á los funestos efectos que iba á producir con su conducta: pero enseñado por el ejemplo de los que le habian precedido, conoció que su leccion no seria útil sino tomándola el principe por sí propio sin advertir que la recibia de otro. Con este objeto, inventó el juego del ajedrez, en que el rey, aunque es la principal de las piezas, no puede atacar ni aun defenderse de sus enemigos sin el auxilio de sus vasallos y sus soldados. El nuevo juego se hizo célebre muy pronto: el rey oyó hablar de él y quiso aprenderlo. El brachman Sisa fué escogido para enseñarle, y con el pretexto de explicarle las reglas, y de manifestarle con que arte era preciso emplear las otras piezas en defensa del rey, le hizo ver y gustar de las verdades que habia rehusado oír hasta entónces.

El principe, nacido con un espíritu y sentimientos virtuosos que las máximas de los cortesanos no habian podido sofocar enteramente, se aplicó estas lecciones del filósofo, y comprendiendo que del amor de los pueblos á su rey nace toda su fuerza, mudó de conducta, y así previno las desgracias que le amenazaban. Luego, sensible y reconocido, dejó al brachman la eleccion de la recompensa: este pidió que se le diesen los granos de trigo que duplicando así por las demas hasta la 64. Admirado el rey de la cordedad aparente de la peticion, se la concedió al instante y sin examen; pero habiéndola calculado sus tesoreros, hallaron que el monarca se habia obligado á una cosa, para cuya satisfaccion no habian todos sus tesoros ni sus vastos Estados.

En efecto, vieron que la suma de los granos de trigo debia valuarse en 16,384 ciudades de las cuales cada una tuviese 1,024 graneros, que en cada una de ellas hubiese 174,762 medidas; y en cada una de estas 32,768 granos. El filósofo entónces se valió de la ocasion para hacer ver al principe cuanto importa á los reyes pararse á reflexionar bien lo que se les pide; contener sus liberalidades en un justo medio, y no atreverse á ofender ni á dar con exceso en perjuicio de la universal comodidad de sus vasallos, pues el soberano es en realidad un padre de familia el cual no puede enriquecer á un

hijo, sin empobrecer ó desfalcár á los otros. Hé aqui el origen de la invencion del Ajedrez, y los interesantes documentos de Sisa al inconsiderado rey de las Indias.

DESDE LO ALTO DE UNA MONTAÑA.

En el seno de las ciudades el hombre se imagina ser el objeto principal de la creacion; allí es donde resplandece su aparente superioridad; desde allí se figura dominar la escena del mundo, ó mas bien, se figura ocuparla enteramente. Pero cuando ese mismo ser tan fuerte y tan activo, tan satisfecho de sí mismo, preocupado de un modo tan esclusivo de sus intereses en el recinto de las ciudades y viviendo entre la muchedumbre de sus semejantes, se encuentra por casualidad arrojado en medio de una inmensa naturaleza; cuando se halla solo en frente de ese cielo sin limites, sin fin, en frente de ese horizonte que se estienda á lo léjos y mas allá del mar hay otros horizontes todavia; en medio de esas grandes producciones de la naturaleza que le humillan, sino por su inteligencia, al ménos por su masa; cuando ve á sus pies desde lo alto de una montaña, y bajo el resplandor de los astros las poblaciones que se pierden en los bosques, que á su vez se pierden tambien en la perspectiva, y piensa que allí viven tambien seres tan infimos como él; cuando compara esos seres y sus miserables habitaciones con la naturaleza que les rodea, y esa misma naturaleza con nuestro mundo en cuya superficie es un pequeño punto; y ese mundo tambien con los otros mil mundos que flotan en los aires y á cuyo lado es nada; á la vista de este espectáculo, el hombre lanza léjos de sí sus desgraciadas pasiones acompañadas siempre de contrariedades, y sus miserables momentos de felicidad que conducen invariablemente al hastio, y piensa en la cuestion de saber qué es lo que ha venido á hacer en este mundo, y se propone el problema de su destino.

JOUFFROY.

LA HUNGRIA Y LOS HUNGAROS.

Pasado Presburgo y siguiendo bajando el Danubio hácia la embocadura del Waagh, se encuentra la ciudad fortificada de Comorn, que ha representado un papel tan importante en la última insurreccion húngara, y luego Buda y Pesth.

Buda, que se llama tambien Ofen, se halla situada en la ribera derecha del río, distinguiéndose de Pesth, colocada en frente, por su colina que corona el palacio del gobierno reconstruido casi enteramente por Maria Teresa. Sus iglesias tienen un carácter oriental sumamente marcado; todas se hallan dominadas por unas torres cuadradas, de muchos pisos y terminadas en techos de hoja de lata con una larga aguja.

Buda es la capital actual del reino de Hungria, y en ella residen el principe Palatino que preside la Dieta y los funcionarios públicos mas elevados. La corona de San Esteban que es para los húngaros un objeto de grandes supersticiones se conservaba en el palacio imperial, pero dicen que ha desaparecido en la última insurreccion.

Los grandes señores magiars no habitan en Buda sino en el invierno, de manera que durante el estio sus suntuosas moradas permanecen desiertas y la ciudad presenta el aspecto de un lugar abandonado. Sin embargo se cuentan en ella treinta mil habitantes.

Pesth que se eleva en frente, á la otra ribera, tiene setenta mil, siendo la ciudad mas considerable de la Hungría. Los edificios particulares construidos de piedra cenicienta, y so metidos al exámen de una comision especial, presentan una elegancia y regularidad, que hacen de Pesth una de las ciudades mejor construidas de la Europa. Hay muy pocos monumentos, y solo se ven manufacturas donde se trabaja la seda.

La universidad estuvo en otro tiempo muy floreciente; contaba con una renta de setecientos mil francos y en ella se instruían unos mil setecientos estudiantes.

Buda y Pesth se hallan unidos por un puente que, en rea-



Procesion de peregrinos en Pesth.—Dibujo de FREEMAN.

cional se vió obligado á salir de Buda-Pesth, para trasladarse á Debrecz. Esta última ciudad colocada en los confines de la Transilvania, es una interminable aldea, compuesta nada mas que de algunas calles, y cuya única importancia estriba en sus ferias y su comercio.

LA CHARGA DEL DIABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro número 4.)

—Veo que vais teniendo sueño, le dijo, porque ya no decís una palabra, y estais mirando las ascuas como Perico las miraba hace un instante. Dormíais sin recelo, que yo cuidaré del niño y de la lumbre.

lidad reúne en una sola ciudad estos dos centros de poblaciones cuyas ceremonias religiosas, civiles y militares se celebran siempre en comun.

Desde las alturas de Buda, la vista descubre un magnifico horizonte. Ademas del curso del Danubio sembrado de bonitas islas y de molinos que forman verdaderas aldeas flotantes, se distinguen las vastas llanuras de la Hungría rodeadas de un cinturón de montañas; la población compuesta de magiares, griegos y slavs ofrece ademas una variedad de trajes y fisonomias que animan hasta lo sumo este curioso panorama.

Durante la última revolucion de Hungría, el gobierno na-

buey. Eres una pícaro, y conozco que no quieres hablar conmigo. Duérmete pues; eso será mejor que burlarte de un hombre que no está nada alegre.

—Si queréis hablar, hablemos, dijo Mariquita medio echándose junto al niño. Parece que tenéis gusto en atormentaros, y no demostráis en ello el valor que debe tener un hombre. Cuántas cosas podria yo decir si no fuera porque trato de combatir lo mejor que puedo mis muchas y muchas pesadumbres.

—Si, es verdad, y eso es precisamente lo que me ocupa, Mariquita. Vas á vivir lejos de tus parientes entre páramos y pantanos donde vas á cojer unas tercianas, y al cabo y al fin, estarás entre desconocidos que acaso no serán buenos para tí, y que no sabrán jamas apreciar lo que vales. Mira, esto me causa una pena que no puedo decirte y me dan ganas de volverte á tu casa en lugar de llevarte á Ormeaux.

—Esas palabras son muy bondadosas, pero muy poco razonables, German; se debe tener valor con los amigos, y en vez de mirar mi suerte por el lado peor, deberiais mostrarme el bueno, como lo hicisteis cuando estábamos comiendo en casa de la tia Rebec.

—Qué quieres? Entónces lo creía así, y ahora creo otra cosa. Lo mejor que tienes que hacer es buscar un marido.

—Eso no es posible, German; ya os lo tengo dicho, y como no se puede, no hay que pensar en ello.

—Pero si le hallases, qué harías? tal vez si quisieras decirme como le deseas, puede que lograra imaginarte uno.

—Imaginarle no es tenerle; yo no imagino nada, puesto que es inútil.

—Le querrias rico?

—No, puesto que soy tan pobre como Job.

—Pero nunca te vendria mal el tener una buena casa, estar bien alimentada y bien vestida en medio de una familia de gente honrada que te permitiera el ayudar á tu madre?

—Oh! eso sí, es todo lo que deseo, poder servirle de algo á mi madre.

—Pues bien, con este requisito, aun cuando el hombre no estuviera en la flor de su edad, te importaria poco?

—No, no German, no le querria, porque me sería imposible amar á un viejo.

—No se trata de un viejo; pero vamos, un hombre de mi edad?

—Teneis ya muchos años para mí, German, y os digo francamente que preferiria para marido á Sebastian, que es un muchacho, aunque no es tan buen mozo como vos.

—Con que preferias á Sebastian el porquero? dijo German un poco incomodado. Un hombre con ojos de mar-rano!

—Esto se lo perdonaria, á causa de sus diez y ocho años. German espermentó en aquel momento un terrible acceso de celos.

—Yaya, yaya, veo que te gusta Sebastian; pero es bien raro.

—Sí, convengo en ello, respondió Mariquita riéndose á carcajadas, sería un marido un poco singular; le haria creer todo cuanto quisiera. Ayer, sin ir mas lejos, coji un tomate en el jardín del señor cura; se le di, diciéndole que era una hermosa manzana roja, y le tiró un bocado como un tragon; si hubieseis visto qué cara puso! Dios mio, que feísimo estaba!

—Ah! veo que no le amas, pues que te burlas de él.

—Mala razon es esa, pero no le quiero, es verdad, porque trata muy mal á su hermanita y siempre está muy sucio.

—Entónces te inclinas mas bien hacia algun otro?

—Y qué os importa eso, German?

—Nada, pero te lo digo por hablar algo, y creo no equivocarme si te añado que tienes ya un amorcillo en el corazon.

—No, German, os equivocais enteramente, no tengo nada todavia; andando el tiempo no digo que no, pero puesto que no debo casarme hasta que haya reunido un poco de dinero, claro es que estoy condenada á casarme tarde y con un viejo.

—Pues si ha de ser así, porque no te decides á ello desde luego?

—Eso es diferente; cuando yo no sea jóven ya, poco me importará el hacerlo, pero en el dia no.

—Veo que no te gusto, Mariquita, bien claro está; dijo German con despecho y sin calcular el sentido de sus palabras.

Maria no respondió; German se inclinó hacia ella y la encontró dormida; la jóven se habia caído vencida por el sueño como hacen las criaturas que duermen ya aun cuando están hablando todavia.

German se alegró mucho de que no la hubiesen llamado la atencion sus últimas palabras, que al cabo conoció no estaban bien, y le volvió la espalda para distraerse en cosas de ideas.

Sin embargo, por mas que hizo no pudo ni dormir ni pensar en otra cosa que en aquello que acababa de decir; veinte veces dió la vuelta á la hoguera; otras tantas se sentó y volvió á levantarse, y por último sintiéndose muy conmovido y agitado se apoyó en el árbol bajo el cual dormia su hijo y Mariquita, poniéndose á contemplarlos con emocion.

«No sé como no he notado, decia en su interior, que la Mariquita es la muchacha mas guapa del lugar. No tiene muchos colores, pero su carilla es fresca y delicada como una flor, y qué boca tan bonita, y qué naricillas! No está muy crecida para su edad, pero parece una codorniz en lo suelta y ligera. No sé porque estiman tanto en nuestro pais á las mugerones altas y coloradas; la mia era delgada y pálida, y sin embargo me gustaba como ninguna otra. Esta es muy delicada, pero no por eso está mala y es tan bonita como un cabritillo blanco. Y luego, qué aire tan modesto! cómo se la conoce su buen corazon en los ojos, aun cuando los tenga cerrados por el sueño! Si es de talento, no hay que hablar, nadie puede fastidiarse con ella. Es alegre, laboriosa, modesta y picaruela... es todo cuanto se puede desear.»

»Pero porque estoy haciendo tales reflexiones? añadió German tratando de volver á otra parte sus miradas: mi padre politico se enfadaria y la familia toda me tendria por un loco. Ademas ella tampoco me quiere; me ha dicho que soy muy viejo; como no es nada interesada la importa poco estar en la miseria y trabajar mucho, con tal de que algun dia pueda escojer un marido que la guste. Tiene razon; lo mismo haria en su lugar, y ahora mismo si pudiera seguir mis inclinaciones en vez de comprometerme para un matrimonio muy poco lisonjero, buscaria una muchacha segun mi deseo!»

Cuanto mas trataba German de calmarse y ponerse en razon, tanto ménos lo lograba. Al acabar de hacer sus reflexiones, se fué veinte pasos mas allá á perderse entre la niebla, y luego de repente se encontró de rodillas al lado de las dos criaturas que dormian. Una vez sucedió que al ir á dar un beso á Periquillo que estaba abrazado con Maria, se engañó á tal punto, que la jóven sintiendo en sus labios un aliento caliente como el fuego, se despertó y se puso á mirarle con asombro no sabiendo una palabra de lo que pasaba.

« No os había visto, hijos míos, dijo German retirándose al instante; por poco me caigo encima y os estropeo. » Mariquita fue bastante cándida para creerle y se volvió a dormir. German se puso al otro lado de la hoguera jurando que no se movería de allí hasta que la joven estuviese despierta, y cumplió su palabra, aunque sabe Dios cómo; German creyó haber perdido la cabeza.

Por último á eso de las doce se dispó la niebla y German distinguió las estrellas que brillaban á través de los árboles. La luna, desembarazada también de los vapores que la cubrían, principió á sembrar sus pálidos reflejos sobre el húmedo musgo: los troncos de las encinas permanecían en una magestuosa oscuridad; pero un poco más lejos, los altos y delgadas piés de los álamos parecían una hilera de fantasmáticas envueltas en largos sudarios. La lumbré se reflejaba en la charca, y las ranas que comenzaban á acostarse á aquella luz, aterroraban algunos chirridos tímidos é interrumpidos. Las ramas angulosas de los añejos árboles se esdentaban y se cruzaban, como grandes brazos descarnados, sobre las cabezas de nuestros viajeros. Un sitio hermosísimo era aquel, pero estaba tan triste y desierto que German agobiado de pena se puso á cantar y á tirar piedras al agua para neutralizar de algun modo el espantoso fastidio de la soledad. También deseaba despertar á Mariquita, y así fué que en cuanto la vio levantarse y mirar al cielo, la propuso continuar el camino.

— Dentro de dos horas, la dijo, cuando vaya llegando el amanecer, va á hacer tanto frío que será imposible el soportarlo por mas lumbré que hagamos. Ahora ya se ve lo suficiente para poder andar, y bien encontraremos alguna quinta donde pasar el resto de la noche.

Maria carecía de voluntad propia, y aunque se hallaba aun con grandes ganas de dormir, se dispuso á seguir á German. Este tomó en brazos al niño sin despertarle, é hizo que Maria se acercase á él para cubrirlo con la capa y guarecerla de la humedad y el frío.

Cuando German que había logrado distraerse un instante sintió á la joven tan cerca de sí, volvió de nuevo á perder la cabeza. Dos ó tres veces se alejó de ella de repente dejándola caminar sola, pero al ver que la costaba gran trabajo é seguirla se detenía, la esperaba y la atraía vivamente á su lado apretándola tanto, que la joven se hallaba sorprendida y aun incomodada, sin embargo de que nada decía.

Como ignoraban enteramente de qué dirección habían partido, no sabían tampoco la que seguían, y así sucedió que volvieron á subir otra vez toda la selva, se encontraron de nuevo en la ladera y volvieron á deshacer lo andado, hasta que después de mil vueltas y revueltas descubrieron un débil resplandor á través de las ramas de los árboles.

— Gracias á Dios, dijo German, que hemos encontrado una casa con jente ya despierta puesto que arde la lumbré en la chimenea. Entónces debe ser tarde ya.

Pero se engañó, porque no era una casa; era la hoguera que habían sofocado al marcharse y que había vuelto á encenderse con la brisa. Dos horas habían estado andando para hallarse otra vez en el mismo puesto de donde habían salido.

VI.

LA LEONA DE LA ALDEA.

— Ahora si que renuncio, dijo German dando una patada. Estamos hechizados, es seguro, y no saldremos de aquí hasta ser de día. Apuesto á que hay un diablo en estos lugares.

— Vamos, vamos, no hay que enfadarse; dijo Mariquita, conformémonos y tengamos paciencia. Haremos una buena lumbré; el niño está bien abrigado, y en cuanto á nosotros no nos moriremos por haber pasado una noche á las estrellas.

Y dicho esto la joven procedió de nuevo á acostar á Periquillo, tan bien dormido á aquellas horas que ignoró completamente su último viage. German echó tanta leña en la hoguera que todo el bosque se iluminó á la redonda, pero Mariquita no podía mas, y aunque no se quejaba de nada apenas podía sostenerse sobre sus piernas. La joven estaba blanca como un papel y la rechinaban los dientes de frío y de cansancio. German la tomó en sus brazos para calentarla, y la inquietud, la compasión, una irresistible ternura apoderándose de su corazón, apagó las inclinaciones de los sentidos. Su lengua se desató como por encanto, y echando á un lado toda vergüenza la dijo con animado acento:

— Maria, me gustas mucho y es una gran desgracia para mí el que yo no te guste. Si quisieras aceptarme por marido no habría familia ni nadie en este mundo que me impidiese el casarme contigo. Sé que harías felices á mis hijos, que los harías respetar el nombre de su madre, y yo, con la conciencia segura podría dar contento á mi corazón. Siempre te he tenido amada, y en este instante te amo tanto que si me pudieses por condicion que había de obedecer toda mi vida todas tus voluntades, puedes estar segura de que lo juraría. Maria, trata de olvidar la edad que tengo; piensa que es una falsa idea la de creer que es un hombre viejo á los treinta años; y además yo no tengo sino veintiocho! Una muchacha teme que la critiquen si se casa con un hombre que la lleva diez ó doce años más de edad, porque es la costumbre del país; pero he oído decir que en otras partes no se mira eso, y que, aun por el contrario, preñeran dar una joven á un hombre razonable y experimentado que á un mozo que puede cambiar muy fácilmente haciéndose un hombre desarreglado cuando todos le habían creído bueno. Además la edad no depende de los años, sino de la fuerza y de la salud que se tiene: cuando un hombre se halla gastado á fuerza de trabajo ó de miseria, ó por mala conducta, está envejecido á los veinticinco años, mientras yo... pero no quieres escucharme, Mariquita?

— Si, si, German, os oigo bien, respondió Maria; pero estoy pensando en lo que mi madre me tiene dicho muchas veces, que es muy digna de lastima una muger de sesenta años cuando su marido tiene setenta y ya no puede trabajar para alimentarla. El hombre se pone enfermo y achacosos, y la muger tiene que ocuparse, en cuidarle á la edad en que ella necesita un poco de descanso y bienestar. De este modo se conchuye por morir de hambre.

— Los padres tienen razon de decir eso, convenio en ello, respondió German; pero ellos sacrificarían todo el tiempo de la juventud, que es el mejor, á prever lo que será uno cuando ya no sirve para nada, y cuando á todos nos importa muy poco el morir de esta manera ó de la otra. Pero yo no corro peligro de morir de hambre en mi ancianidad; puedo guardar algo para entonces puesto que trabajo mucho y no gasto nada porque vivo con los parientes de mi muger. Además, te amaría tanto Mariquita, que esto haría que nunca envejeciera. Dices que cuando es un hombre dichoso, se conserva bien, y conozco que soy mas joven que Sebastian para amarte; porque Sebastian no te ama; es un animal, y muy niño aun, para comprender lo buena y bonita que eres. Vamos Maria, no me detestes, no soy un mal hombre: he hecho muy feliz á mi Catalina que en su lecho de muerte lo dijo ánte el Señor, recomendándome el que me

casara por segunda vez. Esta noche me pareció que su alma hablaba á mi hijo en el momento en que se durmió: no oíste lo que decía? y no viste como le temblaba la boquita cuando estaba mirando en el aire alguna cosa que nosotros no pudimos ver? Pues estaba viendo á su madre, créelo, y ella fue quien le hizo decir que quería que tú la reemplazaras.

— German, respondió Maria muy estrañada y pensativa, estás hablando honradamente y es mucha verdad lo que decis. Creo que debería amaros si esto no disgustaba mucho á los parientes, pero, qué queréis? mi corazón no se inclina á ello. Os quiero bien, pero aunque los años no os hacen feo, me da miedo un hombre de esa edad. Se me figura que sois un tío ó un pariente, que debo respetaros, y que habría momentos en que me tratariais como á una muchachuela y no como á vuestra muger y compañera. En fin, los que me conocen se burlarian de mí, y aunque esto parezca una bagatelca, tengo la aprension de que el día de las bodas estaria triste y avergonzada.

— Esas son razones muy pueriles, Mariquita; estás hablando como una criatura.

— Pues bien, si, lo soy, respondió ella; y por esto me da miedo un hombre razonable. Ya estás viendo como no podemos convenirnos por los años, puesto que acabais de decirme ahora que hablo sin razon, y sin embargo, no puedo tener un juicio impropio de mi edad.

— Qué poco diestro soy para expresar mis pensamientos! exclamó German. Maria, no me amais, esta es la verdad; me hallais muy natural y muy pesado. Si me amaisis un poco no descubririais tan pronto mis defectos.

— No es culpa mia, repuso la joven un poco sentida cuando vio que no la tuteaba; estoy haciendo todo lo posible para ello, pero por mas vueltas que doy en mi cabeza me es imposible acostumbrarme á la idea de que ambos debemos vivir juntos.

German se quedó callado y ocultó su cara entre sus manos, de modo que Mariquita no pudo saber si lloraba, si estaba enfadado, ó si se había dormido. Algo se acojono al verle tan triste, y sin poder adivinar lo que por él pasaba, pero no se atrevió á decirle una palabra mas, y como la escena aquella la había robado enteramente sus ganas de dormir, esperó el amanecer con impaciencia atizando la lumbré y cuidando al niño que German parecia haber olvidado completamente. Sin embargo, German no dormía en aquel momento, ni tampoco reflexionaba en su mala suerte ni combinaba planes de seducción; padecía, y el corazón queria saltarse del pecho; habria deseado morir. Todo le salía mal, y si hubiese podido llorar, no lo hubiera hecho á medias, pero además estaba un poco enfadado consigo mismo, y abogaba su desazon sin poder y sin querer quejarse.

Cuando llegó la luz del día, German sacó la cabeza de las manos y se puso en pié; al instante conoció que tampoco Mariquita había dormido, pero nada supo decirle para manifestarle afectuosamente que lo sentia; German estaba enteramente desconcertado. Por fin, ocultando la silla de la Parda entre los matorrales, echándose al hombro las alforjas, y tomando á su hijo de la mano, exclamó dirijiéndose á Mariquita:

— Ahora vamos á ver si acabamos el viage, quieres que te lleve á Ormeaux?

— Irems juntos hasta salir del bosque, respondió la joven, y cuando podamos saber en donde estamos, cada cual echará por su lado.

German no respondió, sintiendo mucho que Maria no con-

sintiese en que la acompañase á Ormeaux, aunque sin notar que se lo había ofrecido con un tono que parecia provocar la negativa.

Un leñador que encontraron alli cerca les dió las señas del camino, diciéndoles que después que pasaran la pradera, no tenían mas que ir el uno todo derecho, y el otro por la izquierda, para llegar á sus sitios respectivos que, por otra parte, se hallaban tan cerca los dos, que se veian distintamente las casas de Fourche desde la granja de Ormeaux, y reciprocamente.

Apénas habian dado algunos pasos despues de despedirse del leñador, cuando éste les volvió á llamar, para preguntarles si habían perdido un caballo: « He encontrado una hermosa yegua parla en mi corral, les dijo, donde acaso habrá ido á refugiarse perseguida por algun lobo. Mis perros ladraron esta noche, y al despuntar el día me encontré en mi casa con el animal; allí está todavía, vamos á ver si es vuestra, y os la podéis llevar.

German dió las señas de la Parda y bien convencido de que era ella, se volvió á buscar los aparejos que había dejado escondidos entre los matorrales. Mariquita le dijo entónces que se llevaria á su hijo á Ormeaux, donde luego podia ir á buscarle cuando volviese de Fourche.

— Con la noche que ha pasado, está muy sucio, dijo la joven; le voy á limpiar un poco, le lavaré su carita de rosa y le peinaré, y cuando ya esté listo le podréis presentar á vuestra nueva familia.

— Y quien te ha dicho que yo quiero ir á Fourche? respondió German de mal humor. Será muy posible que no vaya.

— Iréis, German, iréis; está en vuestro deber, repuso Mariquita.

(Se continuará.)

LOUPIAC.

La aldea de Loupiac está situada sobre un pequeño terraplen rodeado de ribazos plantados de viñas, á poca distancia del Garona, y enfrente de Barsac, construido á la otra ribera de este río, á un kilómetro de Codillac. No sabemos que haya acaecido ningún hecho histórico importante en la aldea de Loupiac, siendo de presumir que la ciudad de Codillac que está tan cerca y que sirvió de residencia á los poderosos duques de Epernon, la ha presenciado en todos tiempos. Sin embargo, en las casas de la aldea se ven algunas señales de un incendio y el campanario ha sido fortificado en épocas modernas, lo que acaso quiere decir que la aldea de Loupiac fué sitiada y quemada en parte en tiempo de las guerras de religion.

El plano de la iglesia era una cruz latina ántes que se hubiese construido, hace unos cien años, una parte baja por un lado que desgraciadamente destruyó la simetria. El campanario, de forma cuadrada se eleva encima del coro. En la parte semicircular que termina el fondo de la iglesia, hay tres columnas medio incrustadas en la pared; los dos cuerpos del edificio, tienen ventanas medio cogadas, y la cornisa lleva adornos de muy buen gusto.

La puerta de la fachada se compone de tres arcadas sostenidas por columnas cuyos capiteles están formados con artesonados y follajes. Encima de la puerta, tres nichos descansando en un friso de artesonados forman una galería simétrica; las archivolatas, cubiertas de una profusion de ador-